

# EL ZURRIAGO.

—•••••—

*¡Jesus y que picardía!  
¡Mataron á Tamajon! —  
Mas picaro fue el que pudo  
condenarlo y lo salvó.*

Teniamos mala gana de trabajar, y nos ha favorecido la suerte con la insercion del siguiente =

## ARTICULO COMUNICADO.

Señores Editores del Zurriago: = Muy Señores míos: La casualidad me hizo conocer habrá poco mas de un año, á un Napolitano que emigró de aquel pais cuando con el auxilio de la Santa Alianza volvió á entronizarse el despotismo: tuve con él una amistad estrecha en la ciudad de Granada, donde permaneció hasta que en 6 de Junio último se vió precisado á regresar á Napoles porque supo que su anciano padre gemiria en prisiones hasta que él se presentase. — Sentí su ausencia vivamente y la causa que la producía; pero mi desconsuelo se mitigó al recibir su primera carta fecha en Viena á 25 de Julio en

la que me noticiaba que aunque al presentarse al Rey se le habia mandado poner en prision, el general Frimont á quien habia manifestado francamente *que su delito consistia en ser acerrimo enemigo de la tiranía, en haber sido periodista, y en no haber querido transigir jamas con el poder absoluto*, se decidió á protegerle y en efecto le debia su libertad y la de toda su familia. — Este amigo me ha escrito despues varias cartas á que he contestado: en el dia existe en París y desde alli me remite varios periódicos y yo le envio los que me parecen mas interesantes de los que se publican en Madrid: le he remitido todos los Zurriagos que me dice le agradan mucho. — Por el último correo he recibido la adjunta Heroida que suplico á V. V. se sirvan insertar en su periódico. Ha tomado el estilo de V. V. para referir en ella los tristes sucesos de su desgraciada patria. ¡Recuerdos tristes! Los Napolitanos, dice “hubieran sido felices si su Rey Fernando hubiese cumplido sus palabras y sus solemnes juramentos. Dichosos vosotros los españoles (esclama este desgraciado) dichosos, pues teneis confiado el supremo mando á un Rey que marcha el primero por la senda constitucional.” — En esta parte es preciso confesar que tiene razon el Napolitano: nada nos queda que desear. — Para concluir, señores Editores. El autor de la heroida me ofrece concluir en verso la historia de su pais en otras

composiciones que si me las envia, como espero, las pasaré á manos de V. V. para que se sirvan publicarlas en el Zurriago como la siguiente.

Carta de Tippto-Reb, gorro de Pekin, á Hispak, gorro de Canton.

Que te instruya de todo cuanto ocurra  
 Es, caro amigo, tu clamor continuo:  
 Tal vez aguardas que te comunique  
 Noticias lisongeras ¡Que delirio!  
 Conoce la verdad: jamas espere  
 Venturas de Pekin el pueblo Chino.  
 Pues esta es la mansion de las maldades,  
 Y aqui el funesto y negro Despotismo  
 Egerce su mortifera influencia  
 Como pudiera en los pasados siglos.  
 El perjuro Yanki desatinado (1)  
 Corre de precipicio en precipicio;  
 Triste suerte, sin duda, á que le arrastra  
 La maldicion paterna que ha sufrido. (2)  
 Hombre siempre cruel, siempre tirano,  
 Y el mas ingrato que la tierra ha visto,  
 Del pueblo generoso que le ensalza  
 La ruina medita de continuo.

(1) Le llama perjuro por haber quebrantado el solemne voto que hizo de guardar y hacer guardar la Constitucion del estado.

(2) Véase la Cronica escrita por el Abate Potouski tom. 4. lib. 6. cap. 12. fol. 159.

Nada basta á lograr que este insensato  
 Abjure sus errores, y sumiso  
 Viva á la ley que el pueblo promulgara  
 Y que él juró cumplir: envanecido  
 De conocer que él solo contrarresta  
 De la naciou entera el poderio,  
 Y de experimentar cuan facilmente  
 Saciar ha conseguido sus caprichos,  
 Desecha todo freno, y desplegando  
 La ambicion que hasta ahora ha comprimido,  
 Nos presenta sus planes infernales  
 De opresion, en aumento progresivo.  
 Tal es el hombre á quien la cara Patria,  
 Perdonandole crímenes antiguos  
 Cuyo triste reato y consecuencias  
 La China llorará por muchos siglos,  
 Le confió las riendas del gobierno  
 encunbrandole á un ser casi divino.  
 Nos pagamos, Hispak, del juramento  
 De un impudente á quien el mundo ha visto  
 Hacer escarnio de lo mas sagrado,  
 Y esta debilidad nos ha perdido.  
 Debimos preveer que es imposible  
 Que el que mamó fiereza y despotismo  
 Y con la odiosa y criminal costumbre  
 De oprimir á los hombres se ha nutrido,  
 Cambie de condicion en un momento  
 Y aborrezca lo mismo que mas quiso  
 Confesando en el hecho que hasta entonces  
 Como un monstruo feroz ha procedido. (1)

(1) Los napolitanos fueron engañados por

No: si tal mutacion aconteciera  
 En alguna ocasion, fuera un prodigio  
 Y no pudiera ser sino en el alma  
 De un heroe singular, favorecido  
 Por el Cielo: mas ¿Tales circunstancias  
 Caben en un Yanki? Querido amigo,  
 Recuerda su caracter, sus ideas,  
 Su corazon de fiero, empedernido....  
 Recuerda, si, los años ominosos  
 En que su duro cetro hemos sufrido....  
 ¡Ay que años! Hispak. ¿Cuantos pesares  
 Ha causado á la patria aqueste indigno  
 Monstruo de ingratitude, en recompensa  
 De tanto padecer por redimirlo! (1)  
 Ojala que algun dia de su madre  
 La prediccion hubieramos creído.  
 Ella nos repitió: “¿Cuan obcecados  
 En amar á Yanki viven los Chinos!  
 ¿Cuanto anhelan ceñirle la diadema!  
 ¡Ah pueblo desgraciado! De mi hijo  
 Recibirás tu oprobio y tu ruina;  
 Y apenas al dosel haya subido  
 Convertirá tus *vivas* bulliciosos

su Rey que mantenía relaciones secretas con  
 la Santa Alianza.

(1) Los napolitanos sufrieron el yugo mas  
 atroz bajo el despótico reyado de Murat; pe-  
 ro hicieron los mas heroicos esfuerzos para que  
 su rey Fernando I. volviese á ocupar el tro-  
 no. *Hist. general de Napoles.*

En lúgubres lamentos y gemidos." (1)  
 Y ¡cuan pronto lo vimos! ¡Cuan en todo  
 Este presagio se miró cumplido!  
 Decretos de terribles proscripciones  
 Anunciaron su vuelta á estos dominios. (2)  
 A su voz los tormentos horribles  
 Se ponen en accien: los fuertes grillos,  
 Las odiosas cadenas se preparan:  
 Los antiguos cerrojos enmohecidos  
 De las prisiones resonar se oyen  
 Infundiendo pavor con su sonido.  
 Abrense mil oscuros calabozos . . . . .  
 Y ¿para qué? . . . ¡Gran Dios! al escribir  
 Mi mano se estremece . . . . No el malvado  
 A ellos marcha cargado del delito . . . .  
 Los mas queridos hijos de la patria,  
 Aquellos mismos cuyo pecho invicto  
 Fue el escudo del Trono y de la China  
 Contra los invasores enemigos, (3)  
 En premio de su sangre prodigada  
 En aquellas cabernas son sumidos.  
 Desde ellas sus manos aherrojadas  
 Elevan hasta el cielo: sus quejidos  
 Implorando á la vez piedad, justicia

(1) Historia universal por el P. Donce  
 año 1759.

(2) Por una leve sospecha se conducia al  
 cadahalso á un hombre y se perseguian acer-  
 rimentamente á todos los de ideas liberales.

(3) Los oficiales Cayo y Barcolini presos  
 y sacrificados.

Resuenan sin cesar: al trono mismo  
 Llegan sus ecos, consiguiendo solo  
 Mover á risa al opresor impío.  
 Y el pueblo en tanto pavoroso y triste  
 Besa la mano atroz que le ha oprimido.  
 Y en vez de demostrar la menor pena  
 Se esfuerza á aparentar el regocijo.

Después de estas escenas que anunciaron  
 Del tirano el espíritu maligno  
 ; Cuantas calamidades se siguieron!  
 ; Cuántos males á un tiempo padecimos!  
 Fatigados aun de los combates,  
 Los efectos sufriendo doloridos  
 De una guerra tenaz y encarnizada  
 Y sujetos á un monstruo enfurecido  
 Que en hacernos penosa la existencia  
 Hallaba su placer, roncós gemidos  
 Eran nuestro descanso únicamente.  
 De proscripción, de muerte ó de castigos  
 La amenaza continua nos seguía,  
 Y ni aun quejarnos era permitido.  
 Mil espías do quiera nos cercaban,  
 Que encargados de oír nuestros suspiros,  
 Por una sola queja nos hacían  
 Víctimas del sañudo despotismo. (1)  
 Y la terrible y vengadora espada  
 Amenazando estaba de continuo  
 La cabeza del siervo que estuviese  
 En doblar la rodilla algo remiso.

(1) La policía perseguía y espía cuantas conversaciones se tenían sobre asuntos liberales.

La agricultura se miró abrumada  
 De pechos que impedían su ejercicio:  
 Las artes en el último abandono  
 Y á la nada el comercio reducido.  
 Todo efecto del yugo que le impuso  
 La rapáz ambicion de aquesse indigno.  
 Y de aquí resultó que la miseria  
 Nos condujo hasta el último conflicto,  
 Y aunque el lujo en la corte resaltaba  
 Los pueblos eran hordas de mendigos.  
 La China toda entonces ofrecia  
 A los ojos del hombre reflexivo,  
 Un horroroso cuadro de ruinas  
 Capaz de conmover los mismos riscos.  
 Tal era nuestro estado, cuando alzando  
 De libertad el sacrosanto grito  
 Un genio bien hechor, llenó de espanto  
 Al déspota inhumano: repetido  
 Tan celestial clamor con energia  
 Por las provincias del imperio chino,  
 En Pekin resonó: Yanki lo escucha,  
 Y de asombro, de miedo poseido,  
 Jura observar las leyes que detesta  
 Por evitar el próximo peligro. (1)  
 Si: tan solo el temor guió sus pasos.....  
 Si... si... mas luminosa que el sol mismo  
 Esta verdad brillaba á nuestros ojos:  
 Y era evidente que si habia cedido  
 A la necesidad, cuando cesára  
 El riesgo que temió, con nuevos brios

(1) Cuando el Rey juró la Constitucion.



9

Burlándose de todas sus promesas  
Tornaria cual antes á oprimirnos.  
Debimos por lo tanto nuestra suerte  
Asegurar en términos mas fijos;  
Y puesto que exigia nuestro estado  
Conservar de este príncipe el dominio,  
Sin atentar en nada á su persona,  
Debimos dar la muerte á los indignos  
Agentes de su odiosa tiranía  
Que hasta ahora su alma han corrompido.  
Y dejándolo libre de los malos,  
Cercado de leales y patricios,  
Velar sobre sus pasos con cordura  
Conservando el aspecto decidido  
Y en las manos las armas, hasta tanto  
Que pudieramos ver establecido  
Solidamente el Código sagrado  
Que es la delicia del imperio chino.  
Tal fue nuestro deber, Hispak amado:  
Pero ¡cuan en contrario procedimos!  
Apenas pronunciando el juramento  
Nos engañó el tirano, envanecidos  
De mirar ya su orgullo quebrantado  
No pensamos en mas, y poseidos  
De una ciega y funesta confianza,  
Las armas vencedoras depusimos  
Y á merced del falaz nos entregamos.  
Dejando todo en el estado mismo  
Y entre las mismas manos que hasta entonces  
Nuestra opresion habian dirigido (1)

(1) No se varió mas que el nombre de las

¡Que pernicioso error! El es la causa  
 De todas las desdichas que sufrimos.  
 Si: conocelo, amigo: nuestras manos  
 Anudaron de nuevo nuestros grillos  
 En el mismo momento en que animados  
 Del ansia de ser libres, los rompimos.  
 ¿De que sirvieron, pues, nuestros esfuerzos?  
 ¿De que el valor, el ínclito heroísmo,  
 Con que nuestros derechos pronunciamos  
 Y el vergonzoso yugo sacudimos?  
 De nada; Que desgracia! La apatía  
 Sucedió á aquellos hechos atrevidos.  
 Se apagó nuestro fuego, y al instante  
 Dejamos en acción al despotismo  
 Para alzar otra vez su infame frente  
 Tornando vanos nuestros sacrificios.  
 Y la alzó con efecto muy en breve.  
 Enmascarado con el velo mismo  
 Del amor á la patria, aparentando  
 Las leyes respetar que le impusimos,  
 Nos oprime, redobla nuestros hierros,  
 Y escarneciendo todos nuestros gritos  
 Repite sus ataques incesante  
 Contra la libertad del pueblo chino,  
 Y se prepara á entronizar de un todo  
 Abiertamente su infernal dominio.  
 Pero.... acaso crees tu que esta pintura  
 Es de mi fantasía algun delirio.  
 ¡Ojala, caro Hispak! Yo lo quisiera:

cosas: pero quedaron las personas en los mismos destinos.

Mas la triste verdad la ha producido.  
 Tiende la vista á cuanto te rodea :  
 Reflexiona en la marcha que ha seguido  
 Nuestra revolucion hasta este dia  
 Y te convencerá lo que te escribo.  
 Observa á este monarca enagenado  
 Alhagando á los fieros enemigos  
 De nuestra libertad : ellos tan solo  
 Merecen su atencion, son sus amigos. (1)  
 El les premia su infamia y sus maldades  
 Entregandoles todos los destinos  
 De mayor interes para el imperio :  
 Y asi se ve el estado sometido  
 Enteramente á pérfidos traidores  
 Que con esmero el déspota ha escogido  
 Como mas adecuados á sus miras  
 Por ser de nuestros fueros enemigos.  
 Amar la libertad con entusiasmo  
 Es el mayor de todos los delitos  
 Para el emperador y sus secuaces: (2)  
 Y el liberal, el hombre decidido  
 Por su patria y sus leyes, solo espera  
 Vejaciones, insultos de continuo  
 De esta corte venal y corrompida  
 En que solo el servil es atendido.

(1) Vease el número 37 del periódico que se publicaba en Napoles titulado *La libertad* en que se decía que el Rey solo alagaba á los enemigos del sistema.

(2) Causa seguida por liberalismo al capitán Lacescouk.

Pero aun hay mas : del imperial palacio  
 Salen los reboltosos, los caudillos  
 De la faccion que anhela esclavizarnos,  
 A reunir sus frenéticos amigos  
 En cuadrillas que aclaman al tirano  
 Absoluto señor de estos dominios. (1)  
 Mas ¿ qué tiene de estraño que así sea?  
 En cien conspiraciones se han oido  
 Resonar cual agentes principales  
 De la estirpe imperial los individuos :  
 Y Yanki vierte el oro, que la China  
 Generosa ha prestado á su servicio,  
 En formar cada dia mil proyectos  
 Para arruinar el Código querido.  
 ¡ Y todos los sabemos!!! ¡ Y ocultarlo  
 Queremos todos á nosotros mismos,  
 Y sin saber porqué, nos esforzamos  
 A no creer lo mismo que sentimos.  
 ¡ Fatal preocupacion! ¡ Triste ignorancia!.....  
 ¡ Por conservar un infernal prestigio,  
 Un fantasma funesto á las naciones,  
 Que la patria perezca consentimos ::::::! (2)  
 Ah: caro Hispak: el hombre que se mira  
 A la ley superior, y del castigo  
 Se cree seguro en todas ocasiones,  
 Consulta solamente su capricho

(1) Famosa conspiracion que publicó el papel titulado *El Oráculo*.

(2) Disimula lector este desaogo, de un Napolitano á quien habiendo nacido hombre, otro quiso convertir en irracional.

Para su proceder : y si su alma  
 Se encuentra corrompida por los vicios  
 ¡Cuantos males no causa con su ejemplo!  
 ¡Cuanto no daña su hálito maligno!

La esperiencia en el dia nos demuestra  
 Esta triste verdad: miralo, amigo.

A influjo de Yanki los mandarines  
 De todas clases, rangos y destinos  
 Se declaran con cinica impudencia  
 Del pueblo y de las leyes enemigos :  
 Todas sus providencias, sus decretos  
 Son hijos del mas negro despotismo :  
 En vano se reclama la observancia  
 Del Código sagrado : nunca oido  
 Es el clamor del triste ciudadano.  
 Los tribunales pérfidos, indignos  
 Miran con indulgencia á los malvados  
 Agentes del tirano y sus amigos,  
 Y descargan cual furias todo el lleno  
 De su rigor sobre el leal patricio.  
 Se anima por do quiera la osadia  
 De escritores infames, corrompidos ( 1 )  
 Que preparan al pueblo á ser esclavo  
 Y amortiguan su fuerza y su civismo;  
 Y en tanto se persigue fieramente  
 Al que llevado de su ardor patricio  
 Enseña á la nacion á amar sus fueros  
 Y á odiar el vergonzoso servilismo.

En fin : fuera molesto á questo cuadro

( 1 ) Los periódicos que se estaban redac-  
 tando de órden de la Santa alianza.

Si por menor quisiera describirlo.  
 Todos los empleados del gobierno  
 Forman una cadena, un lazo indigno  
 Que siguiendo los planes del tirano  
 Preparan de la ley el estermínio. ( 1 )  
 ¿ Y nos llamamos libres? ¿ ¿ Y creemos  
 Serlo efectivamente, amigo mío?  
 ¡ Ah! de la libertad únicamente  
 Queda la sombra en nuestro perjuicio.  
 En nuestro perjuicio, no lo dudes.  
 El inocente pueblo se ha creído  
 Que mientras ese Código sagrado  
 Que el príncipe juró, sabalsta escrito,  
 No es posible que exista tiranía;  
 Y por tal confianza seducido  
 De la arbitrariedad sufre los golpes  
 Mas terribles, apático y tranquilo.  
 ¡ Funesta ceguedad! Pueblo infelice,  
 Algun dia de espanto poseído  
 Al mirarte cargado de cadenas  
 Conocerás tu error y tu delirio:  
 Querrás romper el yugo, y por desgracia  
 No será tiempo ya de sacudirlo:  
 Que el opresor furioso, de las hordas  
 Ya estrangeras, ya chinas asistido,  
 Te impondrá con las armas el silencio  
 Ahogando con tu sangre tus quegidos.  
 Hispak, nuestro destino nos conduce

( 1 ) Léase la memoria sobre los sucesos de Nápoles escrita últimamente por el general Pepé.

Tal vez, por hombres libres, al suplicio. (1)

Si, lo preveo: nos veremos presa  
 Del furor de ese monstruo aborrecido:  
 Tal vez se acerca el hórrido momento  
 En que el pendon levante el despotismo.  
 Y entonces... es seguro... no esperemos  
 Misericordia del monarca impío.  
 Amamos á la patria, y esto basta  
 Para que ordene él nuestro estermínio.  
 Moriremos, amigo, moriremos  
 La esclavitud llorando de los chinos, (2)  
 Pero contentos por morir sin yugo  
 Y libertarnos del oprobio indigno;  
 Y consolados con la grata idea  
 De que un dia en la tumba nuestros hijos  
 Regarán nuestras pálidas cenizas  
 Con lágrimas de amor, y enardecidos  
 Esclamarán: "Aquí yacen dos libres  
 „De siervos y tiranos, enemigos:  
 „El pérfido Yanki cortó sus días:  
 „Murieron dando ejemplo de civismo,  
 „Y desde aqui nos gritan mudamente:  
 „Venganza, guerra, muerte al Despotismo."

Hasta aqui la Heroida: restame única-  
 mente rogar á vms. que para cubrir la res-

(1) Mas de doscientas víctimas se cuentan sacrificadas por la tiranía.

(2) Carta que escribió el autor de esta Heroida á un amigo suyo cuando se descubrió que el Rey venia con el ejército austriaco, la cual se imprimió en Nápoles.

ponsabilidad de la imprenta se sirvan insertar mi firma, que yo me las avendré con cualquier malévolo que quiera, á pretexto de la nueva ley de imprenta, que da margen para muchas venganzas, hacer aplicaciones injustas de la Heroida, contraída únicamente á las ocurrencias de Nápoles, que conocerán claramente todos los que esten un poco versados en la historia de la revolucion de aquella nacion y comprueban los periódicos y demas papeles públicos de su época, y como produccion de un napolitano justamente irritado contra un Rey perjuro que ha cubierto su reinado de ignominia. Me ha parecido oportuna su publicacion, esperando lo harán vms. del resto de la historia que no dudo me remitirá mi amigo, y que por ello les quedará agradecido su afectísimo servidor Q. S. M. B. = *Eugenio Romero.*

**NOTA.** Este Periódico se publicará de cuando en cuando y por ahora no tiene día fijo. El precio de la suscripcion es de 12 rs. por cada trece números. A los señores que se abonen en Madrid se les llevará á su casa: á los de fuera de la corte se les remitirá por el correo.

Se suscribe en la librería de Esparza, calle de la Concepcion Gerónima; y se vende en las de Paz, Brun, Sanz, Villa, Orea, Minutria, Alonso, Antoran, Romeral. En Sevilla en la de Bernad: En Cadiz en la de Picardo y En Jaen en la de Carrion.

M A D R I D :

Imprenta de don Antonio Fernandez.

1822.